



## XII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

# “¿Por qué están con tanto miedo? ¿Cómo no tienen fe?”

*Luis Fernando Crespo*

No olviden leer los Textos bíblicos antes del comentario

**Lecturas:** Job 38,1. 8-11; 2Corintios 5,14-17; Marcos 4, 36-41

Esas preguntas de Jesús a los discípulos, atemorizados por la fuerza del viento y de las olas, resuenan hoy en nuestros oídos como dirigidas directamente a nosotros, abrumados por el miedo a los estragos de la pandemia (muerte, desempleo, pobreza) y a la incertidumbre política en la que nos ha sumido el reciente proceso electoral (quiebra de la confianza entre conciudadanos y en las instituciones llamadas a sustentar una pacífica convivencia). El texto subraya la diferencia notable entre los discípulos, afanados en achicar el agua que anegaba la barca y Jesús, que increíblemente en medio de la tempestad “estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal”.

El episodio está contado justo después de la parábola del grano de mostaza, en la que Jesús expresa su confianza en que Dios y el Reino de Dios se manifiestan en lo pequeño, en lo que los grandes de este mundo son incapaces de confiar como poder de salvación. Después de la parábola contada viene la prueba de realidad. El lago, el mar, son lugares donde se pone a prueba la pequeñez y la debilidad humanas. Cuenta, sin duda, la pericia del navegante -algunos de los discípulos eran expertos pescadores de ese lago-, pero es más fuerte la violencia amenazante e incontrolable de los vientos y de las olas. No es difícil imaginar el simbolismo que nos remite a los trances de la vida: los vientos como mentalidades dominantes que hacen frente y arrasan las aún frágiles creencias y convicciones de los discípulos

---

\* Ciclo B

de entonces y de ahora; las olas como acontecimientos desconcertantes que sobrepasan las buenas intenciones y proyectos de personas y de comunidades.

Y Jesús durmiendo en la popa. Está presente con ellos en la barca, pero dormido, como ausente. Lo quisieran despierto y activo, compartiendo la inseguridad y a la amenaza de la situación. Surge la duda: “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?”. La misma duda nos asalta cuando en la contrariedad -llámese pandemia o resultado contrario de una apuesta asumida-, la presencia de Dios, su poder de salvación parece como ausente y dormido. ¿Para qué, entonces, Dios? Lo bueno de aquellos discípulos era su pequeña reserva de fe, “lo despiertan y le dicen”. Es bonita la oración. No piden, ni le indican lo que debe hacer. Simplemente se sitúan ante él como necesitados y amigos confiados, no apelan a su poder, sino a lo que saben que significan para él.

Antes de cualquier palabra de reproche, que vendrá después, responde a su necesidad. “Habiéndose despertado, increpó al viento y dijo al mar: ‘Calla, enmudece’. El viento se calmó y sobrevino una gran calma”. No sólo en el mar, también en los discípulos. Después de la tempestad, el mar en calma revela su grandiosidad, hace pensar en su misterio. La palabra de Jesús invita a la reflexión. Parece un reproche, pero es más una palabra de aliento. No pretende humillarlos, sino darles una mayor confianza: aun en la tempestad y en el desconcierto, aunque parezca dormido está presente, vale la pena creer y confiar en él. El miedo, comprensible en medio de la tormenta y de la turbación. no es el mejor consejero para tomar decisiones, pone en crisis la confianza y las convicciones. Se entiende el reproche de Jesús: “¿Por qué están con tanto miedo?” ¿Qué pensamientos habrían pasado por la mente de los desconcertados discípulos? Como los que pasan por nosotros en momentos parecidos de desconcierto y turbación porque no sentimos la presencia discreta de Dios en los momentos oscuros de nuestras vidas y en los procesos desconcertantes de la historia. Quisiéramos una presencia poderosa, segura, que se acomode a nuestros intereses y seguridades.

“¿Cómo no tienen fe?”, añade. Mateo en el mismo episodio lo interpreta como “poca fe”. La fe de los discípulos es aún muy inicial; han sido testigos de algunas curaciones, han escuchado sus parábolas, ya han comenzado a seguirlo, pero les falta madurar y hacer un camino hasta la cruz y la resurrección. Por eso todavía “se llenaron de gran temor y se decían unos a otros: “Pues ¿quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?” Aquí el “gran temor” no significa miedo, sino gran asombro, sobrecogimiento, ante el misterio que se vislumbra en la acción de Jesús. ¿Quién puede atreverse a ordenar con autoridad al viento y al mar? La lectura del libro de Job, como primera lectura, nos predispone a entender el alcance de la pregunta que se hacen los discípulos y la respuesta que en la misma pregunta se

insinúa. Sólo Yahvé puede decirle al mar: “Hasta aquí llegarás, no pasarás, aquí se estrellará el orgullo de tus olas”. La pregunta “¿quién es éste?” es ya un paso más en el proceso de la fe y de seguimiento. De sobra saben que es Jesús, el de Nazaret, pero ¿quién es? en verdad para “creer” en él y seguirle. Creer en Jesús implica más que saber algunas cosas de su vida y de su doctrina, es una opción que compromete la vida en su seguimiento. Es bueno hacernos con frecuencia la pregunta; ¿quién es Jesús para mí?, ¿qué cambia en mi vida por creer en él y seguirle? La fe no crece y madura en la rutina de una conformidad sin preguntas, se aviva y fortalece en las situaciones que la desafían y provocan decisiones más firmes y esperanzadas.

No es de extrañar que en situaciones tan desafiantes como las que vivimos, de vientos en contra y olas poderosas, surjan las preguntas: ¿dónde está Dios?, no le importa que perezcamos? Hay que mirar al fondo de la barca, allá en la popa él está dormido, pero presente, espera que le llamemos a la vez que sigamos remando. Su presencia más que solución “milagrosa” sin nosotros, es ánimo y fuerza para seguir activos y comprometidos. El texto continúa: “Y llegaron a la otra orilla” (5.1). La “otra orilla” es el Reino de Dios, la humanidad nueva, donde reine la justicia y la fraternidad, y es preciso traducirla y concretarla con esperanza y amor. Hay que rezar “venga tu Reino” y “hacer su voluntad” para lograr que “el pan nuestro” se haga realidad sin privilegios ni exclusión y experimentar el “perdón” mutuo y la reconciliación fraterna, libres del “mal” que margina y deshumaniza.

La lectura de la carta de Pablo intenta avivar nuestra esperanza: “Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo”. Aun en la tormenta y en la tempestad, cuando las expectativas parecen desvanecerse, la fe en el Cristo liberador levanta la esperanza: “todo es nuevo, pasó lo viejo”. En ese trance nos encontramos. Cada celebración del domingo, recuerdo del Señor Resucitado, despierta nuevos ánimos para seguir en la travesía hacia la “otra orilla” en la que “todo llegue a ser nuevo”: el aprecio y las relaciones entre las personas, las instituciones al servicio de la gente, la economía pensada para la vida y no para el lucro, la religión y las iglesias para anunciar al Dios Liberador, Dios de la vida, y recordar que todos somos humanos y hermanos.